

## Austria: pasado con altibajos, presente complicado

**Victor Sukup\***

El año 2000 está quedando en la historia de Austria como el de una gran tormenta política no precisamente inesperada, aunque no prevista en su forma y virulencia. A la larga, esta habrá sido, se puede esperar, una suerte de tormenta purificadora que dejará al país más sano y maduro de lo que era. Pero sólo una perspectiva histórica e internacional más amplia permite aprehender el trasfondo real-político, económico, social y cultural- de la grave crisis actual.

Tradicionalmente, Austria es más conocida por el vals de Viena, el esplendor de su pasado imperial y sus atracciones turísticas. Salzburgo y el Tirol se conocen mucho más que *Mauthausen*, donde funcionaba un siniestro campo de concentración. Mozart y Strauss, Freud y Zweig son los nombres más frecuentemente asociados, junto con el de Schwarzenegger, con el país centroeuropeo, más que los de Hitler o Eichmann. Pero hoy Austria es uno de los temas más candentes y controvertidos de Europa. Según las opiniones más alarmistas, una suerte de nuevo Hitler habría tomado el poder en Viena y estaría anunciando el fin de la democracia en Europa. De acuerdo con otras, se trataría simplemente de un cambio normal de mayoría política sin mayores consecuencias, aunque el nuevo socio del gobierno austriaco no sea, ciertamente, muy presentable en términos de *political co-*

---

\* Austríaco residente en la Argentina desde 1988, profesor titular de economía internacional de la Universidad Nacional del Centro, Tandil, autor de varios libros recientes, entre los cuales se cuenta "Europa y la globalización. Tendencias, problemas, opiniones" (Corregidor, 1998). El presente trabajo forma parte de un proyecto trienal (PIP) del Conicet de la programación 1999-2001.

*rrectness*. Un juicio equilibrado no debería ni banalizar un asunto tan grave como el ascenso político de Jörg Haider, ni dramatizarlo excesivamente, so pena de agravarlo.

Para entender la situación actual, el punto clave es la historia de posguerra, y la inmediatamente anterior, en particular la ausencia de un verdadero examen colectivo de conciencia post-1945, pero hay que ver también otros factores:

- la precaria y difusa «identidad nacional» de los austríacos, ligada a una larga y complicada historia de varios siglos;
- el lento pero inexorable desgaste del sistema político y de los partidos tradicionales, socialdemócrata y conservador;
- la figura «carismática» de Haider, el aumento muy rápido y relativamente reciente del número de extranjeros, principalmente oriundos de los Balcanes, y cierto malestar respecto a la Unión Europea.

### *Un pasado con altibajos...*

En 1996 se conmemoró el milenio de la primera mención documentada de Austria, pero la existencia de una gran potencia europea de este nombre se sitúa entre el siglo XVI y comienzos del siglo XX. Carlos V, nacido en Gante, en 1500, era más flamenco que austriaco o español, pero heredó todas las tierras de sus antepasados de la dinastía de los Habsburgo. De esta manera, el sol nunca se ponía en su imperio, que empezaba a incluir las tierras americanas. La Europa contemporánea, tan magistralmente descrita por Fernand Braudel era todavía, sobre todo, la del Mediterráneo y la del renacimiento, pero empezaba a ser, cada vez más, la de la Reforma y la del ascenso de los países de Europa central y septentrional.<sup>1</sup>

Aunque Austria todavía comprendía, en el siglo XVIII, lo que después sería Bélgica y parte de Italia, lo esencial fue la conquista paulatina, generalmente más por matrimonios dinásticos, especialidad de los Habsburgos, que por la guerra, de los reinos en el Este y Sudeste de Europa, que se levantaban sobre los escombros del Imperio Otomano en retirada. Dos veces, en 1529 y en 1683, las tropas turcas habían sido rechazadas en Viena, baluarte de Occidente ante el Islam conquistador de los Balcanes. Durante y después del Congreso de Viena (1814-15), el canciller austríaco Metternich fue uno de los actores centrales de la política europea, y Austria seguía siendo, aún después, una de las principales potencias.

En 1848, el imperio fue sacudido por rebeliones sociales y nacionales en diversos lugares, pero sobrevivió sin mayores dificultades, aunque con ayuda militar

---

1. Reflejo precoz de esto, en cuanto a Europa central, habían sido las guerras de religión protagonizadas por los husitas, seguidores del reformador Jan Hus, en tierras checas, y la fundación de las dos primeras universidades de lengua alemana, en los años 50 y 60 del siglo 14, en Praga y luego en Viena.

rusa para aplastar a los húngaros. Perdió luego sus provincias italianas, reunidas con el nuevo Reino vecino del Sur. En 1867, año que siguió a otra derrota, esta vez en manos de Prusia, el «Ausgleich» (compromiso) estableció la «doble monarquía» Austria-Hungría basada en el predominio de los austríacos de lengua alemana y de los húngaros, pero que además había ido absorbiendo buena parte de los pueblos eslavos occidentales y meridionales, sobre todo la posterior Checoslovaquia y partes de la posterior Yugoslavia. Este imperio, de unos 50 millones de habitantes hacia 1914 (poco más que Francia e Inglaterra, poco menos que Alemania), era más semidemocrático que dictatorial y bastante decadente en su fase final.<sup>2</sup> Pero fue algo más que una «cárcel de los pueblos», y los recuerdos históricos no son demasiado malos en los Estados herederos.<sup>3</sup>

La historia de las relaciones entre Austria y Alemania es muy complicada. A veces se dice que el idioma en común es lo que más las separa;<sup>4</sup> se pronuncia de ma-

- 
2. El famoso humorista Karl Kraus escribió sobre el fin de la monarquía la genial sátira “Los últimos días de la humanidad”. El conocido personaje literario del “bravo soldado Schvejk” encarna, por otro lado, la típica actitud de resistencia pasiva de los checos ante el régimen más burocrático que verdaderamente opresor de la Viena imperial. El líder socialista Otto Bauer, por su parte, se dedicó a un profundo análisis, de inspiración marxista, de las complicadas contradicciones nacionales en el Imperio en su etapa final, cuando los nacionalismos emergentes lo estaban destruyendo lentamente desde adentro. En el plano económico, el Imperio estaba netamente menos desarrollado que Alemania, Francia o Inglaterra. Sin embargo, “decadencia” del sistema político y un relativo atraso económico no significaban decadencia cultural: al contrario, la Viena de la última vuelta del siglo fue, sin duda, uno de los centros más brillantes de la cultura occidental, con representantes destacadísimos en todas las artes y también en el conocimiento científico. De este incomparable vivero “multicultural” germánico-viénés con fuertes acentos eslavos, húngaros y sobre todo judíos salieron todavía después muchísimas personalidades destacadas en numerosos campos, desde economistas como Hilferding y Schumpeter, el sociólogo André Gorz, el filósofo Ludwig Wittgenstein y el teórico del management moderno, Peter Drucker, hasta ingenieros como Ferdinand Porsche y renombrados directores de cine de Hollywood como Fritz Lang, Billy Wilder y Fred Zinnemann, sin contar a los famosos escritores, músicos, pintores y arquitectos de la primera mitad del siglo XX.
  3. Esto no sólo vale para Hungría, sino también, en cierto modo, para la ex Checoslovaquia, e incluso para la ex-Yugoslavia: Eslovenia formaba parte de Austria y Croacia de Hungría, Trieste era el puerto en el Mediterráneo. El hijo del emperador Francisco José, Francisco Fernando, abogaba por una inclusión política de los pueblos eslavos en el imperio; su asesinato, cometido por un nacionalista serbio en Sarajevo, fue la chispa que hizo estallar la guerra en 1914. Guerra que fue, en los Balcanes, resultado del conflicto de Austria-Hungría con el imperio ruso, defensor de las posiciones nacionalistas *paneslavas*, alentadas también por el reino independiente de Serbia.
  4. Podría sintetizarse que los austríacos tienden a admirar a los alemanes por su eficiencia y orden, pero los detestan por actitudes a veces prepotentes; los alemanes, en cam-

nera algo distinta y hay diferencias de vocabulario, aunque es bastante artificial pretender establecer, por ejemplo, una neta separación entre escritores austríacos y alemanes. Con respecto a la política, la Austria germanófona formó parte, durante varios siglos, -y parte influyente, por mucho tiempo dominante- de una Alemania políticamente desunida, pero fue al mismo tiempo la cabeza principal de ese creciente y multiétnico imperio austro-húngaro. Sólo con la batalla de Königgrätz o Sadowa (1866), que estableció el dominio de Prusia sobre la Alemania en vías de unificación, la Austria de lengua alemana quedó definitivamente fuera del nuevo imperio que estaba fundando Bismarck. Pero siguieron aliadas y derrotadas en conjunto en 1918, cuando la Primera República tomó el nombre oficial de *Deutschösterreich*, Austria alemana. Según decía el Primer Ministro francés Clémenceau, era “lo que había quedado” de Austria-Hungría tras la desintegración del viejo imperio plurinacional.

No sólo los *Deutschnationalen* (pangermanistas) estaban entonces a favor de reunirse con Alemania, sino también, por ejemplo, los socialdemócratas. El cardenal Innitzer le daría la bienvenida a Hitler en 1938. No se le veía futuro a un país de seis millones de habitantes, separado ahora de lo que habían sido sus principales regiones industriales (Bohemia y Moravia, o sea Chequia) y agrícola (Hungría), y cuya capital, de entonces dos millones de almas, había quedado demasiado grande. Los años 20 y 30 se caracterizaron, de esta manera, por graves tensiones políticas intermitentes, a veces sangrientas, agudos problemas sociales y finalmente por la dictadura del llamado «austrofascismo», entre 1933 y 1938.<sup>5</sup> El alto desempleo fue tal vez el factor esencial en la atracción que muchos sentían por la Alemania nazi, ya que ésta lo había eliminado al construir las autopistas y preparar la guerra, en una suerte de keynesianismo pervertido; pero tales lazos de causalidad escapaban -y siguen escapando- a muchos.<sup>6</sup>

Tras el apocalipsis de 1945, los austríacos en su gran mayoría aunque, por supuesto, no en su totalidad, prefirieron esquivar el profundo examen de conciencia

---

bio, tienden a considerar a los austríacos como un poco desordenados -“los Balcanes comienzan en Viena”, dicen éstos-, aunque culturalmente valiosos y más “bonvivants” que ellos mismos. Según una *boutade* algo exagerada, los alemanes viven para trabajar y los austríacos trabajan para vivir; en todo caso, si a los primeros se les conoce mundialmente sobre todo por el *savoir-faire*, en particular técnico, a los segundos les distinguiría más bien, según una opinión no sólo austríaca, un mayor *savoir-vivre* ...

5. Fue la de los socialcristianos del canciller Dollfuss, asesinado por terroristas nazis en 1934, y la de su sucesor Schuschnigg; los herederos de éstos son los “populares” del actual ÖVP (v. infra), partido ligado a la Iglesia católica, al campesinado y al empresariado, similar a la CDU/CSU alemana.
6. Hace pocos años, el entonces (como hoy) gobernador de Carintia, Jörg Haider, al criticar al gobierno nacional, opinó que “Hitler, al menos, tenía una mejor política de empleo”, lo que le costó su puesto, pero muchos no pudieron ver como escandalosa tal afirmación que, cuando menos, reflejaba una tremenda ignorancia de las realidades históricas.

tan necesario frente a las monstruosidades nazis de las cuales habían sido muy activos copartícipes. Pero lo que menos se sabe internacionalmente es que los aliados de la Segunda Guerra Mundial no fueron totalmente inocentes de este hecho. Al firmar la Declaración de Moscú en 1943, disculparon en cierto modo a Austria por sus enormes responsabilidades compartidas con la Alemania nazi, de la que formaba parte desde marzo de 1938. Al declararla -no sin una parte de razón, pese al delirante aplauso recibido por Hitler en su país natal<sup>7</sup>- “primera víctima del expansionismo nazi”, los aliados quisieron así desconectarla, en la posguerra que se vislumbraba, de la Alemania vencida. Recordemos, en este contexto, que los aliados de la Primera Guerra Mundial habían impedido la solución lógica que representaba una reunión con Alemania “por las buenas”, ignorando así el derecho de autodeterminación que debía aplicarse, en principio, a todos los pueblos, europeos en todo caso, de acuerdo a las reglas de la época.

Cuando los austriacos, entre las ruinas de posguerra, enfrentaban su pasado inmediato, la mayoría prefirió, al no existir una fuerte presión exterior, dedicarse más a eliminar los escombros físicos que a limpiar su conciencia colectiva; al contrario de Alemania, por lo tanto, no se hizo un serio esfuerzo de “desnazificación” para quitar el veneno pardo de las cabezas; esto habría sido aún más necesario en Austria, donde el daño y la culpa fueron relativamente aún mayores que en el resto del “Reich de los Mil Años”.<sup>8</sup> La comunidad judía había sido proporcionalmente bastante más numerosa<sup>9</sup> en Viena que en Berlín y había generado personalidades destacadísimas, entre las cuales Sigmund Freud y Stefan Zweig sólo son las más conocidas; un dato llamativo es que en las dos décadas de entreguerras, la pe-

- 
7. Por supuesto, los célebres 200.000 que aclamaron a Hitler en Viena permiten más de una interpretación: ciertamente no que los otros 5,8 millones de austriacos hayan sido todos de opinión contraria, pero tampoco que *todos* ellos pudieron o quisieron gritar vivas al *Fuhrer*. El origen de Hitler, nacido en 1889 en Braunau, Alta Austria, también tuvo, sin duda, su influencia.
  8. Bernt Engelmann escribió un libro interesantísimo, “Deutschland ohne Juden” (Alemania sin judíos, Pahl-Rugenstein, Colonia, 1988), en el cual describe el balance desastroso, desde el punto de vista estrictamente cultural y científico, de la eliminación de los judíos en Alemania; un balance similar para Austria sería, sin duda alguna, todavía mucho más trágico, aún sin contar los aspectos humanos.
  9. Hacia 1850, todavía la población judía de Viena apenas superaba el 1%, para alcanzar más de 10% en 1900. Esto refleja la masiva afluencia de judíos orientales pobres, no siempre bien recibidos por sus correligionarios, muchas veces ya exitosamente instalados y muy bien integrados (lo mismo pasaba, obviamente, en Berlín.) El antisemitismo vienés de esa época tenía fuertes raíces católicas, representado por el intendente Karl Lueger, y muchos judíos se orientaron hacia la socialdemocracia ascendente, cuyos líderes principales, como Victor Adler y Otto Bauer, fueron judíos, como así también el importante teórico marxista Rudolf Hilferding y el ya mencionado escritor Karl Kraus, entre innumerables otros.

queña Austria había obtenido no menos de media docena de Premios Nobel, aun más que Alemania en proporción a su población, de cuyos titulares, casi todos judíos, sólo uno se quedó en el país en 1938 (uno ya había fallecido). Por otro lado, entre los verdugos nazis hubo una proporción muy elevada de austriacos, entre los cuales el siniestro Eichmann, capturado en la Argentina, sólo fue el caso extremo.

La Segunda República fue muy exitosa en casi todos los aspectos, sobre todo en lo económico y social, pero también en cuanto al establecimiento de un régimen democrático sólido. Sin embargo, estaba construida sobre las arenas movedizas de ese "pecado original", la negativa a enfrentar ese triste pasado reciente. Pocas veces se ha visto un caso tan flagrante de cómo la historia le exige de pronto cuentas a un pueblo que había elegido, en su gran mayoría, esconderse tras una larga amnesia<sup>10</sup>...

### *El desgaste de la política tradicional*

Si el contexto histórico explica mucho, la política contemporánea es, sin embargo, el factor esencial para entender las posiciones políticas de los austriacos de hoy. En casi 55 años, el sistema de poder político se ha ido lentamente desgastando; los partidos fueron perdiendo cada vez más su credibilidad y se mostraron reacios a las reformas necesarias, intrapartidarias y de otro tipo -de manera análoga, por cierto, a lo que se constata en prácticamente todas las democracias modernas-; Haider es, sobre todo, el resultado de estas tendencias, tal y como se presentan en Austria.

Desde 1945 hasta 1966, los dos grandes partidos, el Popular (ÖVP), democristiano, y el Socialista (SPÖ) gobernaron juntos, dueños de alrededor del 95% de los votos. Tras un breve gobierno monocolor «negro» (ÖVP), los "rojos" llegaron al poder con el nuevo canciller Bruno Kreisky, en 1970. Jefe de un gobierno minoritario primero, Kreisky obtuvo luego una mayoría absoluta en 1971 y la mantuvo en 1975 y en 1979, perdiéndola sólo en 1983. Su sucesor del SPÖ aceptó una coalición con el pequeño Partido Liberal (FPÖ), que siempre había obtenido apenas alrededor del 5% de los votos y había evolucionado, en los años anteriores, de un receptáculo de viejos nazis a una formación política más acorde a su nombre. Hasta que en 1986 iba a ser conquistado por un joven de 36 años de nombre Jörg Haider.

---

10. El campeón en esto fue tal vez el ex presidente Kurt Waldheim (1986-92) quien había escrito sus memorias de ex secretario general de la ONU "olvidándose" haber estado en los Balcanes durante la guerra. Luego, presionado por denuncias procedentes del exterior, se vio obligado a recuperar su memoria, poco a poco, estableciéndose sin embargo sólo el hecho de su presencia allí, no su participación en crímenes de guerra.

Deben recordarse aquí una serie de puntos controvertidos y poco conocidos fuera de Austria. Kreisky, descendiente de una familia burguesa judía<sup>11</sup> y exiliado en tiempos de Hitler en Suecia, había tomado contacto con Friedrich Peter, entonces jefe del FPÖ y antiguo miembro de la *Waffen-SS*, con vistas a una posible coalición. Hubo, a este respecto, un fuerte entredicho entre él y el famoso “cazador de nazis” Simon Wiesenthal. Posteriormente, Kreisky, canciller muy popular -pese al antisemitismo austriaco aún bastante vivo- y líder justamente respetado también en el mundo,<sup>12</sup> tuvo que renunciar a un envío de tanques austriacos a Chile por la protesta popular, para luego enviar tales artefactos de fabricación nacional a la dictadura vecina de Argentina. Todo esto refleja que el “pragmatismo” creciente de la socialdemocracia, supuestamente defensora del progreso social y de los derechos humanos, pero en la práctica cada vez más alejada de sus orígenes radicales y “rojos”, podía ser excesivo. Los tiempos de un “austromarxismo” de alto vuelo teórico habían pasado. La famosa y demasiado endiosada *Sozialpartnerschaft*<sup>13</sup> tuvo también su precio bajo esta perspectiva.

Hay que reconocer, sin embargo, que Austria, en esa época del “rey sol”, como la apodaban los austriacos, avanzó notablemente en cuanto a modernidad social, cultural y jurídica. Se volvió menos provincial de lo que solía ser bajo el predominio conservador, y terminó siendo un país próspero y bastante abierto al mundo. Kreisky se jactaba de preferir más deuda pública a más desempleo y era, junto a Willy Brandt, Olof Palme, Indira Gandhi y pocos más, una de las caras progresistas en un mundo en transición, del keynesianismo al neoliberalismo.

Frente al ascenso de Haider, el SPÖ rompió la breve alianza gubernamental con el FPÖ de los años 1983-86<sup>14</sup> y volvió a pactar con el ÖVP, reconstituyendo la vieja “gran coalición”, aunque en adelante siempre con un canciller socialista. Esta vieja-nueva fórmula iba a durar, con tensiones crecientes, hasta la vuelta del si-

- 
11. El detalle explica sin duda, aunque sería difícil “probarlo”, que en la campaña electoral de 1970 el líder conservador Klaus o su jefe de campaña haya elegido el ambiguo lema de un “verdadero austriaco”, vencido sin embargo por el que, tal vez, no era tan “verdadero”.
  12. Salvo en Israel, dada su política de acercamiento a los palestinos -fue él quien “introdujo” a Arafat en la “buena sociedad” occidental-, posible por otro lado, precisamente, por su origen judío. Un hermano de Kreisky vivía en Israel, pero él siempre se mostró hostil a las posiciones sionistas.
  13. Con los asalariados y empresarios considerados como “socios” y con sindicatos fuertes pero pro-sistema y totalmente reacios a medidas de fuerza; el sistema tuvo sus méritos pero también debilidades a largo plazo: no había pues “lucha de clases” ni huelgas, pero no por eso se pueden abolir los conflictos de intereses entre clases sociales, por más que se celebre esa *Sozialpartnerschaft* ...
  14. Dirigida, tras el retiro de Kreisky en 1983, por el nuevo canciller Fred Sinowatz y el entonces presidente del FPÖ, Steger, representante del ala liberal distanciada de la escoria nazi del partido.

glo, más por falta de alternativas viables que por simpatía mutua. El partido conservador, ahora socio menor, añoraba los buenos viejos tiempos en que era él quien ejercía la jefatura del gobierno, y los socialistas, cada vez más pragmáticos, hace pocos años rebautizados oficialmente socialdemócratas, disfrutaban de su largo predominio, ahora siempre con varios puntos por encima del viejo rival. De 1986 a 1997 el canciller fue Franz Vranitzky, que había sido ejecutivo del principal banco del sector público, y luego le siguió Viktor Klima, de igual tendencia muy "moderada". Pero en cada elección legislativa, el caudal de votos de ambos partidos iba bajando y el de otros subiendo. El 3 de octubre de 1999, entre ambos, apenas llegaron al 60%, frente al FPÖ con 27% y al resto, sobre todo al Partido Verde, que aumentó al 7%. Todavía había mayoría, pero la de "perdedores" crónicos frente a un partido en ascenso gracias a los crecientes votos de protesta.

Si el país era una maravilla, según la opinión predominante —"la isla de la felicidad", se decía medio en broma, medio en serio—, ¿contra quién y contra qué había que protestar? Esencialmente contra un sistema político desgastado, donde ambos partidos se repartían todo el poder, los puestos públicos y las prebendas. Los austriacos tienden bastante al conformismo, pero también a la crítica un poco fácil, —caso similar al de los franceses— y tenían algunas razones para ello. El "hombre de la calle" cada vez se sentía más disgustado y escuchaba con interés creciente los cantos de sirena de un hábil demagogo de provincia que criticaba con razón los abusos del poder de las fuerzas gobernantes y mezclaba con estas críticas otros ingredientes que a muchos no les llamaba, sin duda, demasiado la atención. En cierto modo, fue también el aburrimiento hacia un sistema que había tenido, en perspectiva histórica, grandes éxitos —reconstrucción de posguerra, reconciliación entre «negros» y «rojos» violentamente enfrentados en los años 20 y 30, progresos sociales y económicos impresionantes—, pero que se veía, no sin razón, como cada vez más disfuncional y anquilosado. Es muy difícil, por ejemplo, reformar un estado de bienestar hipertrofiado en algunos aspectos, en vista de reducir el déficit presupuestario recientemente crecido debido a demasiadas "generosidades", frente a grupos de presión como los sindicatos y las organizaciones de jubilados, y más difícil si tales reformas deben ser concretadas afectando sólo a los beneficiarios de ventajas excesivas. Pero además, ¿en función de qué criterios se podían considerar "excesivas" unas y no otras? Todo este tema, como el de las privatizaciones de un amplio sector público —que era uno de los más importantes en Europa occidental, junto con los de Italia y Francia, lo que ciertamente no fue obstáculo al rápido crecimiento económico de todos estos países— no era de fácil solución, y producía fuertes discusiones entre los partidos tradicionales, con lo que la gran coalición quedó cada vez más estancada e inmovilizada.

### *Complicada "identidad nacional", "figura carismática", xenofobia y Europa"*

Sería muy incompleto terminar este sobrevuelo histórico-político sin hacer unas breves referencias a otros puntos importantes. La "identidad nacional" austríaca, siempre algo vacilante entre sus polos germanos y "danubianos", sigue siendo algo precaria y ahora tiene que posicionarse no sólo frente a Alemania sino también frente a una Europa no siempre fácil de integrar en ese impreciso "sentimiento nacional", con preocupaciones lógicas, además, por la prevista ampliación de la Unión Europea (en la cual Austria entró en 1995) hacia el este. Lo que se teme aquí, en particular, es la ruinosa competencia de países inmediatamente vecinos con niveles salariales cinco a diez veces más bajos. Ya en años recientes, muchos empresarios austriacos y alemanes trasladaron sus fábricas más allá de lo que solía ser llamado, hasta 1989, la "cortina de hierro".

Por otro lado, la "figura carismática" de Haider, de 50 años, deportivo, sonriente y muy hábil cuando despótica contra muchos abusos reales, supera claramente a otros dirigentes políticos y atrae hoy, en particular, al voto obrero y joven. El número de extranjeros ha aumentado muy netamente, en tiempos en que el empleo - pese a una tasa de desempleo de apenas un 5% - ya es percibido como problemático, y es, para un partido demagógico, fácil sacar rédito de las reticencias de los ciudadanos frente a la UE y a los extranjeros. Porque el brote derechista es también, y sobre todo, una manifestación local de los múltiples temores, no todos ciertamente injustificados, de tantos pueblos frente a una globalización sin frenos ni salvaguardias, como lo son también, en formas variadas y contextos muy diversos, fanatismos religiosos diversos, desde Nigeria y Argelia hasta la India e Indonesia, o resultados electorales adversos a las fuerzas dominantes en países tan disímiles como Venezuela, Senegal o Taiwán, sin contar los cambios de mayorías políticas en 1996-98 en los principales países europeos.

Otra faceta que merecería mayores comentarios, es la del pangermanismo que también representa Haider y que asusta con razón a muchos europeos, más particularmente a los franceses y belgas. En un comentario reciente, el analista francés Alexandre Adler se preocupa así por una suerte de neoautoritarismo xenóforo, con tendencias corporativistas, en el triángulo Austria-Baviera-Suiza, que podría extenderse hasta Alemania del Norte (de confirmarse el derrumbe del partido conservador CDU por sus tremendos escándalos) y a Flandes, donde crece el partido *Vlaams Blok*, similar al FPÖ<sup>15</sup>, que hoy sectores del gobierno belga proponen prohibir legalmente. Así, todo el gran proyecto de una Europa occidental relativamente equilibrada, tanto en el aspecto político como en el las realidades nacionales, podría estar en peligro. El temor parece exagerado, ya que una reunión con Alemania dejó, hace mucho, de ser un tema esencial en Austria.

---

15. *Le Monde*, 24-2-2000.

¿“Populismo de derecha” o “extrema derecha”? Los medios informativos anglofonos prefieren el primer término, los de lengua francesa el segundo. Si tomamos al pie de la letra los deslices verbales de Haider y sus seguidores en cuanto a la banalización de los crímenes nazis, es obvio que “extremismo” no es una calificación exagerada. Sin embargo, en cuanto a políticas concretas seguidas en el ámbito local, en Carintia, o en otros aspectos, la cuestión es más compleja. Obviamente, Haider no es Hitler y la Austria del año 2000 no es la Alemania de 1933. Hay tonos nauseabundos, en particular los exabruptos xenófobos, y ese hombre es, claro está, profundamente indeseable en una democracia, pero conviene no exagerar las similitudes. De todas maneras, el nuevo gobierno ya mostró que no podía bajar los impuestos al mismo tiempo que el déficit público y aumentar fuertemente las prestaciones familiares, como había prometido. Lo que sí hubo, fue sobre todo un fuerte aumento de diferentes tasas y, según parece, un leve descenso de los partidos del gobierno en los sondeos.

Cabe esperar que los austríacos, en su profunda y nada innecesaria crisis actual, reaccionen a las sanciones internacionales con sensatez, aunque deba temerse la alternativa ya vista frente al problema mucho menos grave de Waldheim; en el primer caso, prevalecerá la actitud “tal vez exageren, pero tienen bastante razón, tenemos que hacer por fin nuestro examen de autoconciencia y decir no a un energúmeno como Haider”, en el otro será lo de “¿con qué derecho se meten en nuestros asuntos?”. La situación no es fácil, ni para los austríacos ni para los otros europeos: había que enviar una señal, también, a los futuros países miembros del Este donde hay muchos partidos de ese tipo, para decir: “no, señores, ese partido no es presentable”.<sup>16</sup> ¿Pero no producirán las sanciones resultados contrarios a los deseados? Si Haider no es Hitler, tampoco es Milosevic ni Saddam Hussein; pero en todos estos y otros casos, las sanciones internacionales han mostrado reacciones no precisamente convincentes, y cabe esperar que en Austria, cuna de grandes espíritus humanistas, vaya a prevalecer la razón sobre la sinrazón, en primer lugar, con una renovación de la socialdemocracia.<sup>17</sup> De otro modo, el riesgo

---

16. Convendría agregar “en su forma actual”, porque no todos sus electores son, por supuesto, neónazis o racistas. Pero la “liberalización” de ese partido ha sido revertida en 1986, y desde entonces los tonos y actitudes se han vuelto insoportables para los demócratas. En ese sentido, es tremenda la responsabilidad de los demócratas de Austria y de los otros países: hay que criticar, y fuertemente, pero no “diabolizar” a ese partido en su conjunto si quieren que muchos de los hoy engañados dejen de serlo mañana.

17. Sondeos actuales muestran un fuerte ascenso de los Verdes, que duplicarían su caudal a un 15%, pero el verdadero pivote de un cambio progresista tendría que estar sin duda en un SPÖ renovado -casi 30 años de gobierno fueron realmente demasiados, generando excesivos abusos de poder- aliado a éstos. Al resolver rápidamente su grave crisis interna con la elección de un nuevo presidente, Alfred Gusenbauer, de sólo 40 años y representante de su ala progresista, el SPÖ puede haber tomado un nuevo camino promisorio para representar, con los Verdes, una alternativa seria al gobierno actual.

evidente es que pronto habrá una situación totalmente inmanejable con un fuerte partido de derecha de poca vocación democrática tomando el lugar del partido tradicional de la derecha civilizada.<sup>18</sup> Y los argentinos saben bien lo peligroso que puede ser la ausencia o debilidad de un partido de esta naturaleza para el mantenimiento de un régimen constitucional. Por supuesto, en Austria no habrá un golpe militar, pero sí podría haber un largo período de aislamiento político nefasto, porque hoy la vuelta a la situación de país totalmente autónomo sería inviable en lo económico e indeseable en lo cultural y en todos los sentidos, independientemente de las críticas puntuales que puedan merecer las instituciones y políticas europeas. Política interior y exterior, económica y general hoy ya se encuentran indisolublemente ligadas entre sí, para bien y para mal, especialmente en países pequeños como Austria, con sus apenas ocho millones de habitantes.

Lúcidos deberían ser frente a estos peligros, por lo tanto, también otros actores, y no sólo los austríacos. Es legítima la reacción de disgusto, incluso fuera de Europa; por ejemplo, en Estados Unidos, la Argentina y por supuesto en Israel, que retiró su embajador. La Unión Europea tiene mucha razón en afirmar que no es, o no quiere ser, sólo una asociación económica, sino también una unión de valores democráticos y humanistas puesta en peligro por partidos como el FPÖ; pero convendría guardar la cabeza fría, en particular con respecto a las consecuencias posibles de las sanciones que pueden reforzar precisamente al partido rechazado, con su líder convertido en una suerte de "mártir". También conviene fijarse en otro elemento psicológico: es justamente esa doble cara de Austria -simpática la recuerdan casi todos los turistas, y de repente parece en parte neonazi- lo que provoca reacciones particularmente adversas, como lo explicó el renunciante director artístico del famoso Festival de Salzburgo, el belga Gérard Mortier,<sup>19</sup> refiriéndose a los buenos recuerdos dejados por lo que eran los Países Bajos austríacos del siglo XVIII. Una reacción lúcida y medida ha sido la de la Comisión Europea, órgano ejecutivo de la Unión y guardiana de los Tratados, que al mantener relaciones de trabajo con Austria, mostró que la Unión Europea tiene que seguir funcionando normalmente con este país, mientras no exista una violación concreta de los derechos fundamentales.

- 
18. Conviene también entender el dilema hamletiano del actual canciller Wolfgang Schüssel, artífice de la coalición maldita por ambición personal y también por falta de alternativa real ante el agotamiento de la gran coalición en la cual su partido habría sin duda continuado su descenso empezado en 1970. Es de suponer, sin embargo, que el póquer con Haider acelere aún más la decadencia del partido, de manera merecida aunque esto no sea, por la razón apuntada, ningún motivo para destapar el champán.
  19. Luego retiró su renuncia, lo que refleja bien la complejidad del tema del "boycott" cultural: unos dicen que hay que aislar al país, otros que, al contrario, hay que "estar allí" y apoyar a las fuerzas anti-Haider en Austria en vez de tratar a todo un país como una suerte de "paria".

Bien manejada, sin duda, esta grave crisis sin precedentes puede terminar por ser muy saludable para todos, comenzando evidentemente por los propios austríacos hoy colocados, con serios motivos, en la situación incómoda de paria internacional. La muy exitosa manifestación en Viena del 19 de febrero, con unos 250.000 participantes en un día lluvioso de invierno, muestra que son muchos los austríacos que rechazan abiertamente el nuevo rumbo que los partidos de derecha pretenden darle al país. Es muy probable que, en gran parte, esto tenga por objeto defender al Estado de bienestar amenazado por la nueva coalición de derecha, pero también refleja una nueva politización, en particular de los jóvenes de la "generación Internet". También para el resto de los europeos y otros contemporáneos, será sumamente útil aprovechar la oportunidad para reflexionar seriamente sobre las insuficiencias y contradicciones de las democracias modernas, que provocan la aparición de fenómenos tan preocupantes y repugnantes como el ascenso de Jörg Haider...